

Oscar, el Profesor Miliciano

Oscar Nebreda, conocidísimo dibujante de EL JUEVES, nos cuenta hoy su viacrucis militar. Chupó campamento en Sant Climent Sesebes (San Clemente Suscebollas, en castellano) Girona, para luego hospedarse en el cuartel de Jaen 25 Barcelona, durante 18 meses. Ejerció de soldadito español en Archivos, y por aquello de la mala suerte no se perdió ni una sola guardia, retén o cocina. Para colmo, sólo disfrutó de tres días de permiso en toda la mili, eso sí, por ganar un concurso de dibujos.

—Buenas tardes le de Dios.
—Buenas tardes, caballero.
—Ya ha corrido tiempo desde que lució el pret-a-porter caqui del ejército español.

—Sí señor. Me tocó servir a la patria recién estrenados los años sesenta.

—¿Y en aquella época se hacían los hombres en la mili?

—Que va. Me iban a mi a enseñar a llevar gigantes en día de viento que me había criado en el barrio Gótico y me había mamao todo el barrio Chino.

—Así que sobrevivió estupendamente en la jungla militar.

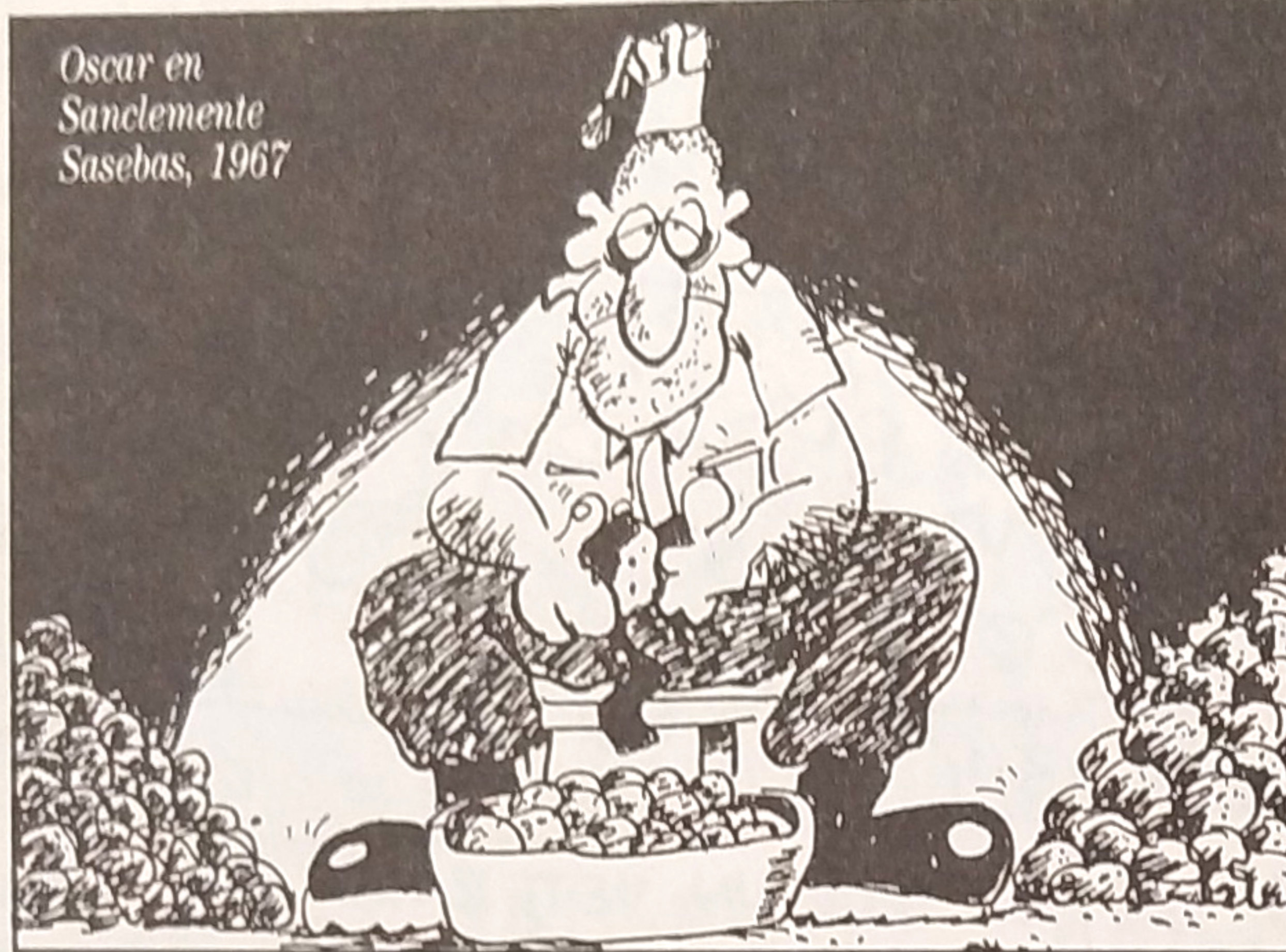
—Sobrevivir en el ejército es sencillo. Cuando ves que el enemigo es tan tonto, debes usar su tontería a tu favor. No puedes intentar culturizarlo ni ponerte a su altura. Puedes intentar ponerte a la altura de Stephen Howkins, de un tío inteligente que te puede explicar el Big Bang. Pero a esa gente hay que seguirle la corriente y ya está.

—Y el deporte nacional de la mili: el escaqueo. ¿Qué tal se le daba?

—Bien. Me escapaba por las tardes comprando a los suboficiales, llevándolos en taxi a sus casas. Uno de los misterios que tenía para mí la mili era qué llevaban en la cartera aquella gente, porque a mí me habían dicho que llevaban grandes secretos militares. Lo que llevaban en realidad eran chuscos, comida. Así que con indirectas procuraba camelarlos y pagándoles un taxi y un vermú me largaba a casa.

—Se está refiriendo usted, supongo, a un espécimen muy conocido del habitat de cuartel: el suboficial Chusquero.

—Efectivamente, los chusqueros. Había uno que cuando se emborrachaba, se abría la camisa y exclamaba: ¡Mi cuerpo cosió a metralla! Pero te comían en la mano si les dabas la caridad de la



Oscar en Sanclemente Sasebas, 1967

conversación porque lo que realmente querían era cariño.

—¿Dónde queda pues aquella mala leche, característica imprescindible de nuestro ejército patrio?

—Por todos laos. Había muy mala leche. Todos eran unos resentidos. Yo no lo entendía. En realidad era pobre gente, genticilla, de medio pelo, que tenían problemas y que no servían para otra cosa y se metían ahí porque tenían que comer. En el fondo eran cachos de pan pero te gruñían. ¡Firmes! ¡Te voy a pegá un caimán! porque estaban disgustados y se debían a una obediencia ciega. Ojo, en mi época.

—¿Y el grado de preparación de las fuerzas armadas en la década prodigiosa cómo andaba?

—Fatal. Fíjate que los cursillos de cabo nos los daba un pobre hombre que era subnormal profundo. Le llamaban «El Tarugo». Tenía verdaderos problemas para articular palabras. Yo me quedo admirao que un ejército pueda tener un subnormal como formador de reclutas. Cuando cordinaba algo decía: «Abran herméticamente las ventanas»... Para que no nos puteara le invitábamos a vino. Vino y mujeres. Y le pagábamos una

puta y nos comía en la mano. Porque necesitaba cariño y nosotros se lo dábamos en forma de putas y vino. Lo aterrador es pensar que gente así acaba metida en un golpe de estao. Si al menos el golpe te lo diera un master en nuevas teorías económicas, pero los que dan un golpe son subnormales como este, es Aterrador.

—Con esas figuras no es de extrañar que se hicieran novatadas a mogollón.

—No señor. No vi ninguna, ni me hicieron ninguna. A lo mejor era porque ya puteaban a dos o tres tíos que tenían antecedentes políticos.

—Cuénteme algo sobre el sofisticado armamento con que contábamos para defender España.

—Es curioso. Con esa mierda de fusiles que nos daban, nos decían que había que matar al enemigo. Y yo preguntaba ¿cuál es nuestro enemigo? Y decían: «los chinos». «Los comunistas». Y yo remataba: «pues más vale que nos den piedras», y hala, diez días a la preve.

—¿Aparte de visitar la preve, visitaba usted también la capilla castrense para oír misa?

—Por supuesto. En misa nos metíamos en la última fila y nos

dedicábamos a limpiar las botas y hacer aseo personal. Oíamos misa con gran recogimiento y éramos los que más voces pegábamos al cantar aquello de: «Ostia santa, ostia pura, ostia inmaculada, sea por siempre bendita y alabada». Como eran unos ceorros se pensaban que lo hacíamos por devoción, pero era puro choteo. Nos librábamos al suelo de risa.

—¿Esa fortaleza espiritual que adquirirían en misa era complementada por un rancho completo y equilibrado para tener en forma el cuerpo?

—Nunca probaba el rancho, era bastante malo. Lo que sí hacíamos cuando teníamos servicio de cocina era tirar ratoncillos muertos en el potaje. Habían criado dentro de unas neveras enormes y se habían congelado. Nunca protestó nadie. Cuando hay hambre todo es proteína. También nos daban ensaladilla imperial, que era ensaladilla rusa, pero en aquel tiempo no se la podía llamar así.

—¿Para matar las guardias leía hazañas bélicas?

—Pues la verdad es que no. Luego pensé que podía haber hecho historias sobre las burradas que nos pasaban, pero tengo mucho respeto por las miserias humanas. No haré befa y escarnio de la gente con la que me tocó hacer la mili. Verdaderos animalicos que no se lavaban la boca ni el sobaquillo, verdaderas furias de la naturaleza. Incluso había un tío que se paraba el corazón voluntariamente para acojonar al suboficial de guardia.

—Bien, y ya para acabar con este periplo por sus recuerdos de el servicio militar ¿qué opinión le merece el mismo?

—Pues que es la pérdida de tiempo más enorme que hay y la putada más grande para un tío. No tendrían que haber ejércitos porque ya se ha visto para qué sirven. Cuando estaba a punto de licenciarme un poco más y me vuelven a meter porque se me escaparon las carcajadas. Resulta que el coronel nos dio una arenga de despedida diciéndonos que fuéramos con ojo porque todos los taxistas de Barcelona eran espías rojos. Porque cuando nos llevaban en taxi y nos preguntaban cuantos soldados éramos en el cuartel y si hacíamos muchas guardias, era para pasar información al enemigo. Ya ve usted donde podíamos ir a parar con una mentalidad así.

—Ya lleva razón. En fin, vaya usted con dios para que le guarde muchos años.

JOAN DE DEU PRATS